

SBEC – Sociedade Brasileira de Estudos Clássicos
XVII CONGRESSO NACIONAL DE ESTUDOS CLÁSSICOS
Natal, RN, 21-25 de setembro de 2009

Mini-curso MC10 :: Dialéctica y experiencia superracional en Plotino
 María Isabel Santa Cruz
 Univ. de Buenos Aires - CONICET

Selección de textos

PLOTINO, ENÉADAS

(Traducción de María Isabel Santa Cruz y María Inés Crespo)

V 2, 2 - [La continuidad entre los distintos grados de la realidad]

La procesión, entonces, partiendo de un principio, se cumple hasta llegar a un término último; cada uno de los grados de la realidad permanece siempre en su propio puesto, mientras que su producto inmediato se ubica en un orden inferior. Cada producto, sin embargo, **4** se vuelve idéntico a aquello a lo que sigue, en tanto lo sigue. [...]. **24** Todas las cosas son lo primero y no son lo **25** primero. Son lo primero, porque de él proceden; pero no son lo primero, porque éste las ha producido permaneciendo en sí mismo. Toda la realidad es, pues, como una gran vida que se explaya; cada una de sus partes sucesivas es diferente de las otras, pero el todo es, sin embargo, algo que posee continuidad; cada parte se distingue de las demás, y la que es anterior no se pierde en la que le sigue.

IV 8, 6 (6) - [La procesión de los distintos grados de la realidad a partir de lo Uno]

Es imposible que exista sólo lo Uno. Si así fuera, todas las cosas permanecerían ocultas, porque en aquél carecen de forma; no existiría ninguna de las realidades inteligibles, si lo Uno se mantuviera en sí mismo; pero tampoco existiría la multiplicidad de esos seres generados a partir de lo Uno, si aquellas realidades posteriores a las inteligibles, **5** que son las que poseen el rango de almas, no hubieran procedido. Así como no puede existir sólo lo Uno, así tampoco es posible que existan únicamente las almas, sin que aparezca lo que ha nacido gracias a ellas; es inherente a toda naturaleza el poder de producir lo que la sigue y de desplegarse, como si fuera desde una simiente, desde un principio indivisible, hasta llegar a un término inferior, que es lo **10** sensible. Lo anterior permanece siempre en su propio puesto, mientras que lo que le sigue nace, por así decirlo, de una potencia extraordinaria, presente en las realidades inteligibles, potencia que no se debe detener, ni, como si fuera por envidia, limitar. Ella debe avanzar continuamente, hasta que toda la realidad haya alcanzado el último confín posible, en virtud de esa inmensa potencia que ejerce su acción sobre todas las cosas y **15** que a nada puede dejar sin parte de sí misma. Nada puede impedir que una cosa, cualquiera sea, participe de la naturaleza del Bien en la medida en que ello le es posible. En consecuencia, si la naturaleza de la materia existe eternamente, para poder existir debe participar de aquél que prodiga el bien a todas las cosas, **20** conforme a la capacidad de cada una de ellas para recibirlo. Y si la generación de la materia es una consecuencia necesaria de las causas que la preceden, ella no podría

existir separada, como si aquél que le otorga, como una gracia, el ser, se detuviese por impotencia antes de haber llegado a ella. Resulta así que la máxima belleza de lo **25** sensible es manifestación de lo más excelso que hay en lo inteligible, de su poder y de su bondad. Todo, lo sensible y lo inteligible, se mantiene unido por siempre; las realidades inteligibles existen por sí mismas; las sensibles, en cambio, obtienen eternamente el ser por participación de aquéllas, porque imitan, en la medida en que lo pueden, a la naturaleza inteligible.

III 8, 9 (30) - [Lo Uno, principio primero, absolutamente simple y anterior a todas las cosas]

40 Principio no son todas las cosas, sino que todas ellas provienen de un principio y éste no es ni todas las cosas ni ninguna de ellas en particular, para que pueda así generar todas las cosas y pueda ser, no una multiplicidad, sino principio de la multiplicidad. En efecto, quien genera es siempre, en todos los casos, más simple que lo que él ha generado. Si el principio ha generado a la Inteligencia, él debe ser, entonces, más simple que la Inteligencia. Si alguien **45** creyera, empero, que lo Uno es también todas las cosas, en tal caso, tendría que ser o bien todas las cosas tomadas una a una por separado, o bien todas ellas juntas. Ahora bien, si fuese todas las cosas juntas, reunidas en un todo, sería posterior a ellas; y, si fuese anterior, sería diferente de todas las cosas. Además, si fuese simultáneamente él mismo y todas las cosas, no **50** podría ser principio. Pero él tiene que ser principio y anterior a todo, para que puedan existir también, después de él, todas las cosas. Si, por otra parte, fuese todas las cosas tomadas una a una, resultaría, como consecuencia, primero, que cualquier cosa sería idéntica a cualquier otra, y, segundo, que todas estarían juntas y sería imposible discernirlas. Por lo tanto, lo Uno no es ninguna de todas las cosas, sino que es anterior a todas ellas.

V 3, 11 (49) - [Lo Uno, anterior a la Inteligencia y a todas las cosas]

16 Lo que está antes de los inteligibles es su principio, pero principio no en el sentido de que les sea inherente; porque no es inherente a una cosa aquello de lo que procede, sino aquello de lo que está constituida. Aquello de lo que procede cada cosa no es una determinada cosa, sino que es diferente de todas ellas. El principio, entonces, no es una de todas las cosas, sino que es anterior a todas y, en consecuencia, **20** anterior a la Inteligencia; todas las cosas están, en efecto, dentro de la Inteligencia, y en este sentido el principio es, entonces, anterior a la Inteligencia. Y si a lo que es posterior a él le corresponde el rango de “todas las cosas”, también en este sentido el principio es anterior a todas las cosas. Él, por cierto, no puede ser una en particular de las cosas a las que precede y, en consecuencia, no podrás decir que él es Inteligencia. Tampoco podrás llamarlo “bien”, si “bien” designa una cosa en particular; pero si por “bien” se entiende, en cambio, lo anterior a todas las cosas, tendrás derecho a asignarle ese nombre. Si, entonces, **25** la Inteligencia es ella misma, porque es múltiple, y si el pensamiento mismo, irrumpiendo, por así decirlo, en ella, aunque de ella proviene, la ha hecho múltiple, lo que es plenamente simple y lo primero de todo debe estar más allá de la Inteligencia; pues, si pensase, no estaría más allá de la Inteligencia, sino que sería inteligencia; y, si fuese Inteligencia, **30** sería multiplicidad.

VI 9, 5 (9) - [Lo Uno no es ser. Por qué lo llamamos “Uno”]

Lo que está antes de la inteligencia es la **30** maravilla de lo Uno, que no es ser, porque, si lo fuera, lo Uno se estaría predicando de otra cosa. En verdad, ningún nombre le conviene; pero, puesto que nos vemos forzados a nombrarlo, resulta, en general, bastante adecuado llamarlo “Uno”, pero no como si se tratase de una cosa que es,

además, uno. Es, por esto, difícil conocerlo; se le conoce, más bien, por su producto, el ser, **35** (y es la inteligencia la que conduce al ser). Su naturaleza es tal que él es fuente de lo más perfecto y potencia que genera todo cuanto es, pero que permanece en sí misma, no sufre menoscabo ni está en las cosas a las que hace nacer. A lo que es anterior a ellas lo llamamos “Uno” porque necesariamente tenemos que referirnos a él y con ese **40** nombre queremos sugerir la idea de indivisible y guiar a nuestra alma a la unidad. Decimos que es “uno” e “indivisible”, pero no en el mismo sentido en que decimos que es uno e indivisible el punto o la unidad numérica. Lo uno en este último sentido es principio de la cantidad, que no podría existir si previamente no existiesen el ser y lo que precede al ser. No orientemos entonces el pensamiento en esa dirección, porque esas nociones son **45** siempre sólo semejantes a las realidades superiores en un sentido analógico, en razón de su simplicidad y de la ausencia de multiplicidad y división.

VI 7, 41 (38) - [Lo Uno-Bien no es nada para sí mismo]

25 Si el Bien es algo, él es, sin embargo, demasiado grande como para conocerse, pensarse y tener conciencia de sí mismo. En realidad, no es nada para sí mismo; nada introduce en él, sino que se basta a sí mismo. Tampoco, entonces, es bien para sí mismo, sino bien para las demás cosas, porque éstas necesitan **30** de él, pero él no puede tener necesidad de sí mismo; eso sería absurdo, en la medida en que, en tal caso, carecería de sí mismo. Tampoco, por cierto, se mira a sí mismo, porque entonces habría algo y algo le advendría de ese mirar. Todo esto lo ha cedido a las cosas que vienen después de él: resulta así que nada de lo que corresponde a las demás cosas le está presente, **35** ni tan sólo el ser. Por lo tanto, tampoco le está presente el pensar, porque éste se da en el ser, y porque simultáneamente existen ambos, el pensamiento primero y propio y el ser. Es por eso que de él no hay discurso, ni percepción, ni ciencia, porque nada puede predicarse de él como si le estuviera presente.

III 8, 10 (30) - [Lo Uno, potencia de todas las cosas]

¿Qué es, entonces, lo Uno? Potencia de todas las cosas. Si ella no existiera, no existirían tampoco todas las cosas, ni siquiera la Inteligencia, que es vida primera y plena. Lo que se halla por sobre la vida es causa de la vida: la actividad de la vida, en efecto, que es todas las cosas, no es primera, sino que mana como **5** de una fuente. Imagina, pues, una fuente que no tiene otro principio y que se da a los ríos sin agotarse en ellos, permaneciendo en calma; los ríos que de ella nacen, antes de tomar cada uno su propio curso, se hallan aún reunidos, pero es como si cada uno supiera ya adónde lo llevará su **10** corriente. O imagina, tal vez, la vida de un inmenso árbol: la vida circula por todo él, pero su principio permanece fijo sin fragmentarse en el árbol entero, porque está como instalado en la raíz. Ella proporciona al árbol toda su multiforme vida, pero se mantiene fija, porque no es múltiple, sino principio de la vida múltiple. Y no hay en esto maravilla alguna. O, tal vez, sí: maravilloso es quizás que **15** la multiplicidad de la vida pueda provenir de algo no múltiple y que no exista la multiplicidad si no existe lo que es anterior a la multiplicidad.

V 3, 12 (49) - [Lo Uno, más allá del conocer]

...pero la Inteligencia, que se ve y se conoce a sí misma, es también lo cognoscente primero. Pero lo Uno, en la medida en que está más allá de la Inteligencia, está también más allá del conocimiento, y, puesto que de nada necesita, no necesita tampoco del conocer; el conocer se da, por el contrario, en una naturaleza **50** de segundo orden. El conocer es también, sin duda, cierta unidad; pero lo Uno es sólo unidad, sin el agregado

“cierta”. Si fuera cierta unidad, ya no sería unidad-en-sí: el “en sí misma” es, en efecto, anterior al “cierta”.

V 3, 13 (49) - [Lo Uno, verdaderamente inefable, no piensa ni es pensado]

En consecuencia, lo Uno es también verdaderamente inefable, puesto que, digas de él lo que digas, estarás siempre diciendo algo. Sin embargo, la expresión “más allá de todas las cosas y más allá de la más venerable inteligencia” es, entre todas, la única acertada, porque no se trata de un nombre, sino que indica que él no es ninguna de todas las cosas y que no posee nombre alguno, porque **5** nada puede serle atribuido. Nosotros, empero, en tanto nos es posible, intentamos referirnos a él.

V 3, 14 - [Se habla de lo Uno partiendo de lo que le es posterior]

¿Cómo, entonces, hablamos sobre él? Sobre él, sin duda, algo decimos, pero no podemos, sin embargo, expresarlo en sí mismo y de él no poseemos conocimiento ni pensamiento. ¿Cómo, entonces, hablamos sobre él si no lo poseemos? Que no lo poseamos por vía de conocimiento ¿significa, empero, que no podamos poseerlo **5** de ninguna manera? No, porque lo poseemos de un modo tal que nos hace posible hablar sobre él, aunque no expresarlo en sí mismo. Decimos, en efecto, lo que no es, pero no podemos decir lo que él es; hablamos, entonces, sobre él, a partir de lo que le es posterior. Nada nos impide poseerlo, aunque no podamos expresarlo en sí mismo. Los iniciados y poseídos saben **10** hasta cierto punto que tienen en sí algo que los supera, aunque no sepan lo que es; partiendo de lo que los conmueve y de lo que hablan, adquieren cierta conciencia de lo que los mueve, aun cuando sean diferentes de lo que los mueve. En una situación similar nos hallamos nosotros frente a aquél, cuando poseemos una inteligencia pura y adivinamos que él es la **15** inteligencia interior, otorgador del ser y de todo cuanto pertenece a ese orden, pero que él es precisamente lo que no son esas cosas, sino algo superior a lo que llamamos “ser”, más y mayor que lo que pueda decirse porque es superior a la razón, a la inteligencia y a la percepción, ya que las ha otorgado, sin ser ninguna de ellas.

V 4, 1 (7) - [La necesidad de la procesión: lo perfecto necesariamente produce]

Si existe algo después de lo Primero, necesariamente debe provenir de él y a él remitirse, ya sea directamente, ya sea a través de intermediarios; debe haber realidades de segundo y de tercer orden, de modo tal que lo segundo se remita a lo primero y lo tercero a lo segundo. **5** Lo Primero debe ser, pues, algo simple, anterior a todas las cosas, diferente de todo cuanto viene después de él, algo que está en sí mismo, que no está mezclado con lo que de él proviene, aunque, en otro sentido, puede estar presente en las demás cosas. Él es verdaderamente uno: no es una cosa que, además es uno; en consecuencia, es falso aun decir que lo Uno es. De él no hay discurso ni ciencia, **10** lo cual, por cierto, equivale a decir que está más allá del ser. Si no fuese simple, si no escapase a todo accidente y a toda composición, si no fuese verdaderamente uno, no podría ser principio. Por ser simple y primero es lo más autosuficiente. Pues lo que no es primero necesita de lo que está antes que él y lo que no es simple **15** está necesitado de los componentes simples que hay en él para constituirse a partir de ellos. Por cierto, algo tal debe ser algo único; pues si hubiera alguna otra cosa de tal tipo ambas serían una. Sin duda, no estamos hablando aquí de dos cuerpos ni diciendo que lo Uno sea el primer cuerpo. Nada que sea simple, en efecto, es cuerpo y el cuerpo es algo generado, pero no es principio, mientras que el principio es **20** ingénito. Si, entonces, no es corpóreo sino realmente uno, aquel será lo Primero. Si, entonces, después de lo Primero existe alguna otra cosa, ella no puede ya ser simple; ella debe ser, en consecuencia, uno-

múltiple. ¿De dónde proviene, pues, este uno-múltiple? De lo Primero. Si surgiera de algún encuentro fortuito, lo Primero no sería ya principio de todas las cosas. ¿Cómo proviene, entonces, de lo Primero? Si lo Primero es perfecto, lo más perfecto de todo, y es potencia **25** primera, ha de ser lo más poderoso de todo cuanto existe, y las demás potencias habrán de imitarlo en la medida en que les sea posible. Si consideramos las demás cosas, vemos que aquella que ha alcanzado la perfección, genera y no soporta permanecer en sí misma, sino que produce otra cosa; y así se comporta no sólo aquello que posee voluntad consciente, sino también cuanto produce sin **30** poseer esa voluntad, y aun las cosas inanimadas, que dan de sí mismas todo cuanto pueden: el fuego, por ejemplo, calienta, la nieve enfría, los remedios, en virtud de su propia naturaleza, ejercen también su acción sobre algo diferente; todas las cosas, en fin, en tanto les es posible, imitan al principio en eternidad y bondad. ¿Cómo, entonces, lo más perfecto, que es el bien **35** primero, podría permanecer inmóvil en sí mismo, como si experimentase envidia o fuera impotente, precisamente él, que es potencia de todas las cosas? ¿Cómo podría seguir siendo principio? Es necesario, en efecto, que algo provenga de él, para que pueda existir, porque las demás cosas obtienen de él su existencia, (y que la obtengan de él es **40** algo necesario). El principio generador debe ser también lo más valioso, mientras que lo que ocupa el segundo puesto, después de él, ha de ser superior a todo lo restante.

V 2, 1 (11) - [La generación de la Inteligencia a partir de lo Uno: procesión y conversión]

Lo Uno es todas las cosas y ninguna; principio de todas las cosas, no es todas las cosas, sino que todas ellas son al modo de aquél, ya que todas, por así decirlo, regresan a él. Mejor sería decir que aún no son, sino que serán. ¿Cómo, entonces, vienen de lo Uno simple, que no encierra en su identidad ninguna diversidad, ningún repliegue? **5** Es porque ninguna está en él que todas las cosas proceden de él, y para que el ser sea, es preciso que lo Uno no sea ser, sino generador del ser. Esta es algo así como su primera generación. Lo Uno, en efecto, es perfecto, porque nada busca, nada posee ni de nada necesita, y es por eso que, para expresarlo de algún modo, se derramó y su superabundancia produjo otra cosa diferente de él. Lo generado se volvió **10** hacia él y nació al mirarlo: y esto es la Inteligencia. Su detención frente a aquél produjo el ser, mientras que su mirar hacia él produjo la Inteligencia; pero, puesto que se detuvo frente a él para verlo, Inteligencia y ser nacieron simultáneamente. La Inteligencia, por ser semejante a lo Uno, produce también de un modo semejante, vertiendo su múltiple potencia, **15** (la Inteligencia es, en efecto, una imagen de lo Uno), así como la vertió lo que es anterior a ella. Esta actividad que procede del ser da origen al Alma, que nace como un producto de la Inteligencia que permanece inmóvil, así como también permaneció inmóvil lo Uno cuando nació la Inteligencia. El Alma, en cambio, no permanece inmóvil al producir, sino que, puesta en movimiento, genera una imagen. Al mirar, entonces, a aquello de lo que provino, **20** es fecundada y, avanzando, animada de un movimiento diferente y contrario, da nacimiento a una imagen de sí misma, que es la naturaleza sensitiva y, en las plantas, la naturaleza vegetativa. Nada, sin embargo, está alejado ni separado de lo que le precede.

V 3, 11 (49) - [La Inteligencia pluraliza lo Uno cuando intenta pensarlo]

Es así que esta Inteligencia múltiple, cuando intenta pensar lo que está más allá, quiere pensar a esto mismo más allá como una unidad; pero, aunque quiere apresararlo en su simplicidad, acaba siempre por recibir en sí misma algo diferente, que se ha pluralizado: se dirigió hacia él no como Inteligencia sino como **5** una visión que aún no

veía, y esa visión acabó poseyendo lo que ella misma pluralizó; deseaba algo de un modo indefinido, porque tenía en sí misma una cierta imagen, pero acabó por recibir algo diferente, porque lo hizo múltiple. Ella posee, en efecto, una impronta del objeto de su visión: si no la poseyese, no le hubiera sido posible acogerlo en sí misma. Esa impronta, de una que era se volvió múltiple, **10** y la Inteligencia, al conocer de ese modo a su objeto, logró verlo y se volvió así una visión que ve. Cuando ella posee su objeto, es ya Inteligencia y lo posee como Inteligencia. Antes de poseerlo, sólo era una aspiración y una visión sin imprimir. Esta Inteligencia, entonces, se dirigió hacia aquí, pero cuando logró apresarla, se volvió Inteligencia, porque se detuvo y llegó a ser Inteligencia, ser y pensamiento cuando **15** comenzó a pensar. Antes de ello no era pensamiento, porque no tenía un objeto pensado, ni Inteligencia, porque aún no había pensado.

IV 8, 8 - [Las dos partes del alma]

11 Toda alma tiene, por cierto, una porción inferior vuelta hacia el cuerpo y una superior orientada a la inteligencia. El alma total, es decir, el alma del universo, ordena el mundo valiéndose de su parte vuelta hacia el cuerpo, permaneciendo en lo alto, sin fatiga, porque **15** no lo hace mediante el razonamiento, como nosotros, sino mediante la inteligencia, así como el arte no delibera y lo que es del todo ordena lo que está por debajo del alma. Las almas que han ingresado en una cosa particular y que pertenecen a ella tienen también una parte superior, pero se hallan distraídas por la sensación y ocupadas en la aprehensión de múltiples cosas, que son contrarias a su propia naturaleza y le procuran pesares y **20** perturbación; aquello cuya vigilancia ejercen es, en efecto, una parte defectuosa; encuentra a su alrededor una multitud de objetos extraños y muchos a los que aspira. Experimenta placer, y el placer la engaña. Pero hay también en el alma una parte que no goza con los placeres pasajeros y vive una vida conforme a su modo de ser.

III, 6, 7 (26) - [La materia, incorpórea e impasible]

Volvamos, pues, a ocuparnos de la materia que es sustrato; o mejor, refirámonos a aquellas cosas que se dice que están sobre la materia, pues tomándolas como punto de partida podrá comprenderse que la materia es no ser y que es impasible. Ella es, sin duda, incorpórea, dado que el cuerpo es posterior y compuesto y que **5** la materia concurre con alguna otra cosa para producirlo. En este sentido, le corresponde el mismo nombre que al ser, respecto de la incorporeidad, porque tanto el ser como la materia son diferentes de los cuerpos. Pero, si ella no es ni alma, ni inteligencia, ni vida, ni forma, ni razón, ni límite pues es ilimitación, ni potencia pues, ¿qué es lo que ella produce?, sino que **10** escapa a todo esto, no sería correcto atribuirle la denominación de "ser". Por el contrario, sería más plausible llamarla "no ser", pero no en el mismo sentido en que el movimiento es no ser y el reposo es no ser, sino verdadero no ser; ella es imagen y apariencia de la masa corpórea, es aspiración a la existencia; inmóvil sin estar en reposo, invisible por sí misma, escapa **15** a quien desea verla y se muestra cuando no se la está mirando: aun aguzando la mirada no puede vérsela. Presenta siempre sobre sí misma apariencias contrarias: pequeño y grande, menos y más, deficiente y superabundante; es una imagen que no permanece y que tampoco puede huir, porque no tiene el poder de hacerlo, ya que no **20** ha recibido esa fuerza de la Inteligencia, sino que se halla carente de todo ser. Todo cuanto ella puede anunciar es, pues, falsedad; si se muestra grande, es pequeña; si se muestra más, es menos; y el ser que aparenta no es real, como un juego fugitivo. De ahí que lo que parece existir en ella no son sino juegos, apenas imágenes reflejadas en una **25** imagen, como si se tratara de un espejo, en el que

aparecen reflejados objetos que se hallan en un lugar diferente: el espejo, en efecto, da la impresión de estar lleno de cosas, y aunque nada posee, parece poseerlo todo. Lo que entra y sale de la materia no son sino imitaciones de los seres reales, imágenes en una imagen informe, visibles debido a su carácter informe. Esas imágenes parecen actuar en la materia, **30** pero nada producen: son inconsistentes, débiles y sin firmeza alguna. Pero como la materia carece también de solidez, la atraviesan sin cortarla, a la manera en que se atraviesa el agua, o como si se proyectaran formas en aquello que se denomina vacío. Además, si las cosas que se ven en la materia fuesen similares a aquellas realidades de las que surgieron para llegar a ellas, quizá podría concederse a esas imágenes **35** un poder que pertenece a las realidades que las enviaron, y en tanto ese poder llega a la materia, podría suponerse que ésta es afectada por lo que en ella se refleja. Ahora bien, puesto que las cosas que producen los reflejos son diferentes de las cosas que se ven en la materia, partiendo de esto es posible también advertir la falsedad de nuestra impresión, porque lo que se ve en la materia es falso y no se asemeja para nada a aquello que **40** lo produce. Así pues, si lo que se ve en la materia es débil y falso y entra en algo que es también falso, a la manera de las imágenes de un sueño o las que se ven en el agua o en un espejo, lo que se refleja sobre la materia necesariamente tiene que dejarla impasible; aunque debemos tener en cuenta que en los ejemplos mencionados se da una semejanza entre los reflejos y aquellas cosas que los producen.

I 3, 3 (20) - [El ascenso del filósofo]

El filósofo tiene una disposición natural para ello; está, por así decirlo, provisto de alas, y no necesita, como los otros, de una separación; se mueve hacia lo alto, pero, como su marcha es incierta, sólo necesita de un guía. Por eso, debe señalársele el camino y liberarlo, a él, que por su naturaleza lo desea y que **5** desde antiguo es libre. En efecto, hay que impartirle los conocimientos matemáticos, para acostumbrarlo a la comprensión de lo incorpóreo y a la confianza en ello –los recibirá, por cierto, fácilmente, ya que es amigo del saber– y, dado que por naturaleza es virtuoso, hay que llevarlo al perfeccionamiento de las virtudes, y después de los conocimientos matemáticos, proporcionarle los argumentos de la dialéctica y **10** hacer de él un cabal dialéctico.

I 3, 4 (20) - [En qué consiste la dialéctica como modo de ascenso]

Pero ¿qué es la dialéctica, que hay que proporcionar también a los primeros? Es la disposición intelectual que, acerca de cada cosa, permite expresar racionalmente qué es cada una, en qué difiere de las otras y qué tiene en común con ellas, a qué clase de cosas pertenece y cuál es su lugar dentro de ella y si es realmente lo que es, y cuántas **5** son las cosas que son y cuántas las que no son, es decir, otras que las que son. La dialéctica trata asimismo sobre lo bueno y lo no bueno y sobre lo que se subordina al bien y lo que se subordina a su contrario; claramente trata también sobre lo que es eterno y lo que no lo es, procediendo en todos los casos con ciencia y no por opinión. Habiendo cesado su marcha errante por lo sensible, se **10** instala en lo inteligible y ejerce allí su actividad. Aparta la falsedad y nutre a nuestra alma en la llamada llanura de la verdad; usa el método platónico de división para discernir las Formas, lo usa para llegar al qué es y lo usa también para llegar a los géneros supremos, entretejiendo intelectualmente todo lo que de ellos deriva, **15** hasta haber recorrido lo inteligible en su totalidad; retrocediendo nuevamente por medio del análisis hasta llegar a su punto de partida, permanece allí en quietud –pues se está quieta cuando allí está– sin desplegar ya ninguna actividad y, llegada allí, contempla; cede a otra arte la llamada actividad lógica, que **20** se refiere a las proposiciones y silogismos, como si cediese a otro el saber

escribir. Considera que algunas de estas cuestiones lógicas son necesarias y anteriores al arte, pero examina críticamente tanto a éstas como a las otras, considerando a las unas útiles y a las otras superfluas y propias de la disciplina que se ocupa de ellas.

VI 9, 3 (9) - [La conversión hacia lo Uno como autoconversión]

¿Qué es, entonces, lo Uno y cuál su naturaleza? No es fácil decirlo, cosa que no ha de resultar sorprendente, por cuanto tampoco es fácil decir qué es el ser o qué es la forma: pero nuestro conocimiento encuentra su punto de apoyo en las formas. Cuanto más penetra el alma en lo informe, incapaz de **5** abarcarlo porque ya no está determinada y ninguna impronta, por así decirlo, la moldea, resbala y teme no poseer cosa alguna. Así, en tal estado, se fatiga y se siente a menudo dichosa al descender; va cayendo de una cosa a otra hasta llegar a lo sensible, donde halla un terreno firme para reposar: como la vista fatigada de **10** objetos pequeños, se arroja ávidamente sobre los grandes. Pero cuando el alma desea ver por sí misma, como su visión se verifica exclusivamente por una unión y porque ella es una con lo Uno, no cree poseer aún lo que busca, porque ella no es ya algo diferente del objeto de su pensamiento. Y, sin embargo, así debe proceder quien va a filosofar sobre lo Uno. Por lo tanto, porque **15** aquello que buscamos es lo Uno y porque estamos escrutando el principio de todas las cosas, esto es, el Bien y lo Primero, no debemos alejarnos de lo que rodea a lo Primero para caer en las cosas últimas. Debemos, por el contrario, con impulso, elevarnos hasta las realidades primeras después de habernos desvinculado de las cosas sensibles, que son las últimas, y de todo mal, **20** puesto que estamos ansiosos por llegar al bien. Debemos remontarnos al principio que se encuentra en nosotros mismos y de múltiples volvernos uno, para alcanzar la contemplación del principio y de lo Uno. Hay que tornarse Inteligencia, confiar la propia alma a la Inteligencia e instalarse en ella para que acoja en plena vigilia aquello que la Inteligencia ve. Hay que contemplar lo Uno por la **25** inteligencia, sin añadirle ninguna sensación, sin admitir en ella nada proveniente de la sensación; por el contrario, hay que contemplar lo más puro por la pura inteligencia y por lo que hay en ella de primigenio.

VI 9, 4 (9) - [La meta: unificación, salida de sí, presencia de lo Uno]

Las dificultades que nos salen al paso son enormes, porque la aprehensión que de él tenemos no es a través de la ciencia ni del pensamiento, como ocurre con los otros inteligibles, sino en virtud de una presencia superior a la ciencia. El alma, por cierto, experimenta un alejamiento de su estado de unidad y no permanece plenamente **5** una cuando adquiere ciencia de alguna cosa: la ciencia, en efecto, es argumentación y toda argumentación es múltiple. Se aparta, entonces, de la unidad para caer en el número y en la multiplicidad. Hay que superar, en consecuencia, la ciencia y no abandonar jamás el estado de unidad; hay que apartarse de la ciencia y de sus objetos, así como de todo otro objeto de contemplación, **10** aun de lo bello. Todo lo bello, en efecto, es posterior a lo Uno y de él procede, como la luz del día procede, toda ella, del sol. Es por eso -dice Platón- que “no se puede decir ni escribir”; sin embargo, hablamos de él y sobre él escribimos, con el propósito de remitir hacia él y despertar de las palabras a la contemplación, a la manera del que indica un camino a aquel que desea contemplar. **15** En efecto, la enseñanza se limita a indicar el camino y la marcha a seguir pero la contemplación es ya obra de aquel mismo que ha deseado ver. Si no se ha llegado al objeto de contemplación; si el alma no tuvo la conciencia de su esplendor; si no se alcanza la experiencia o no se posee en sí mismo, por así decirlo, la afición amorosa del amante que, por haber visto el objeto de su amor, encuentra en él reposo; **20** si por haber recibido la luz verdadera y por haberse aproximado a la luz se ha logrado iluminar

toda el alma, pero el ascenso ha sido retenido por un peso que es obstáculo para la contemplación; si no se ha ascendido solo, sino llevando consigo lo que separa de él o no se ha logrado aún la reunión unificante; si todo esto ocurre, no se nos manifestará la presencia de lo Uno. Pues aquél, aunque de nada está ausente, está sin embargo ausente **25** de todas las cosas, porque, aunque presente, no está presente sino para quienes son capaces de acogerlo y se han preparado para recibirlo, de manera que puedan ajustarse a él y, por así decirlo, entrar en contacto con él y tocarlo, gracias a la semejanza que existe entre ellos y aquél y en virtud de la potencia que está en ellos y que es afín a lo que de él procede.

VI 9, 7 (9) - [Para llegar a lo Uno el alma debe interiorizarse]

Pero si, por el hecho de que lo Uno no es ninguna de estas cosas, tu mente está presa de incertidumbre, detente ahí y desde ellas comienza a contemplar. Contempla, pero sin que tu pensamiento se precipite hacia afuera. Pues él no está en un punto cualquiera, dejando a las restantes cosas privadas de sí mismo, sino que está presente a quien es capaz de **5** tocarlo y a quien no le es capaz de ello no le está presente. Como en el caso de las demás cosas no es posible pensar en algo mientras se esté pensando en otra cosa y a ella se atiende, sino que nada debe añadirse al objeto pensado para que él sea realmente lo pensado, del mismo modo también aquí debe saberse que no es posible pensar a lo Uno mientras se tenga en el alma la impronta de otra cosa y esa impronta **10** esté actuando sobre ella; y tampoco es posible que el alma que está presa y dominada por una cosa pueda recibir la impronta de su opuesta. Por el contrario, así como a propósito de la materia se ha dicho que debe carecer de toda cualidad para poder recibir la impronta de todas las cosas, así también y en mucho mayor grado el alma debe despojarse de forma para que **15** no se dé en ella un obstáculo que le impida ser plenificada e iluminada por la naturaleza primera. Si esto es así, el alma, apartándose de todas las cosas exteriores, debe volverse por completo hacia el interior. No hay que inclinarse ya hacia nada externo, sino anulando el conocimiento de todo lo exterior, (y esto en primer lugar a través de la disposición íntima, **20** luego también en las formas del pensar), y anulando también el conocimiento de sí mismo, en la contemplación se debe pertenecer a lo Uno, y unido a él y después de haberlo frecuentado, por así decirlo, suficientemente, se debe regresar para anunciar a los otros, si es que se puede, la unión lograda allá.

VI 9, 9 (9) - [Visión, unión, contacto con lo Uno]

44 Allí, en lo alto, está el verdadero objeto de nuestro amor, al cual podemos **45** unirnos, participando de él y poseyéndolo realmente, pero no con el abrazo exterior de la carne. Quien ha visto, sabe lo que estoy diciendo: que el alma está entonces animada de una vida diferente, tanto cuando avanza hacia él como cuando se le ha acercado y de él participa. En tal disposición sabe que aquél que otorga **50** la vida verdadera está presente y ella ya de nada necesita. Nosotros, por el contrario, debemos abandonar el resto y detenernos en él solo; transformarnos en él exclusivamente, deshaciéndonos de todas las demás cosas que nos circundan; es por eso que nos esforzamos por salir de este mundo y sufrimos por estar encadenados por las otras cosas, porque queremos abrazarlo con la integridad de nosotros mismos y no **55** tener ninguna parte con la que no estemos en contacto con Dios. Allí, en efecto, es posible a un tiempo verlo y verse a sí mismo, en la medida en que nos está dado ver: a sí mismo, resplandeciente, pleno de luz inteligible, o mejor aún, transformado él mismo en luz pura, ligera, sin paso, vuelto Dios o, mejor, ya Dios; a sí mismo, inflamado allí, en aquel momento, hasta que se recae nuevamente bajo el peso, como **60** marchito.

VI 9, 10 (9) - [La inefabilidad de la contemplación de lo Uno]

¿Cómo es entonces que no permanecemos allá arriba? Porque aún no hemos logrado salir por completo de aquí. Pero llegará un momento en que la contemplación tendrá continuidad y ningún obstáculo del cuerpo podrá importunarla. Pero la importunada no es la parte que ve, sino la otra, **5** cuando la que ve no ejerce la visión, al no ocuparse en el conocimiento que se apoya en demostraciones y evidencia y en un diálogo del alma. El ver y la parte que ve ya no son razón, sino algo mayor que la razón, anterior y superior a ella, como lo es también el objeto de la visión. Cuando el que ve se ve a sí mismo, se verá **10** tal como es; más aun, estará unido a sí mismo tal como es y tendrá conciencia de lo que es, porque se ha vuelto simple. Pero quizás no corresponda decir “verá” y “lo visto”, aunque se hace necesario decir que se trata de dos cosas, lo que ve y el objeto de la visión y no, por el contrario, que ambas sean una unidad, porque la expresión resultaría audaz. En ese momento, el que ve no ve ni discierne **15** ni se representa dos cosas, sino que se ha vuelto, por así decirlo, otro diferente: ya no es él mismo ni se pertenece a sí mismo; se halla allí, a él se ha unificado y ha hecho coincidir, por expresarlo de este modo, centro con centro. También en este mundo, por cierto, dos centros coincidentes forman una unidad, pero cuando se los distingue vuelven a ser dos. Así también nosotros ahora hablamos de lo Uno como si fuera algo diferente. Es por ello que la **20** contemplación es difícilmente expresable. ¿Cómo referirse a él como si se tratara de otra cosa, puesto que al contemplarlo no se lo estaba viendo como algo diferente sino como unidad consigo mismo?

VI 9, 11 (9) - [La “huida del solo al solo”]

Es esto precisamente lo que quiere dar a entender la orden de nuestros misterios de no revelar nada a los no iniciados. Puesto que aquél no es revelable, debes renunciar a manifestar lo divino a quien no ha tenido la felicidad de verlo por sí mismo. Como ya no eran **5** dos, sino que quien veía era, él mismo, una unidad con el objeto de su visión, (sería mejor hablar no de “objeto de visión” sino más bien de “objeto de unión”), si lograrse recordar lo que le aconteció al mezclarse con aquél, tendría en sí una imagen de él. Pero quien veía era ya una unidad; no encerraba ninguna diferencia consigo mismo ni con respecto a las demás cosas, (nada en él se movía, ninguna **10** emoción, ningún deseo le estaban presentes cuando se hallaba en lo alto), pero no era tampoco razón ni pensamiento alguno; no era ni siquiera él mismo, si es que puede llegar a decirse semejante cosa. Como presa de un rapto o de una inspiración, ha entrado silenciosamente en el aislamiento y en un estado de incommovible fijeza; no se aparta en lo más mínimo de su propio ser ni **15** gira sobre sí mismo, sino que está totalmente detenido, casi transformado en la inmovilidad misma. Tampoco piensa las cosas bellas, sino que franquea ya lo bello y supera ya el coro de las virtudes. Se asemeja a alguien que ha entrado en el interior de un santuario, dejando atrás las estatuas que están en el templo, esas estatuas que serán lo **20** primero que verá al salir del santuario, después de la visión interior y de la comunión que ha logrado, no con estatuas ni imágenes, sino con lo Uno mismo; ellas no son sino contemplaciones de segundo orden. Pero la contemplación que tuvo en el santuario no es quizás una contemplación, sino otro modo de ver: salida de sí, simplificación, abandono de sí mismo, deseo de un contacto, detención, búsqueda de la manera **25** de ajustarse a él, si ve aquello que se encuentra en el santuario. Pero si intenta mirar de otra manera, ya nada le estará presente. Todas estas expresiones no son sino imágenes, son enigmas de los que se valen los sabios profetas para aludir al modo en que aquel Dios se deja contemplar. Pero el sacerdote sabio, que comprende el enigma, alcanza, llegado allí, una **30** contemplación verdadera del

santuario. Y, aun si no ha llegado a él y considera este santuario como algo invisible, como fuente y principio, sabrá sin embargo que ve el principio por el principio y que sólo lo semejante puede unirse a lo semejante. No dejará de lado ninguna de las cosas divinas que el alma puede poseer ya antes de la contemplación, y el resto lo exigirá entonces a la contemplación. El resto, **35** para quien ha ascendido por sobre todas las cosas, es aquello anterior a todas ellas. La naturaleza del alma, en efecto, no podrá llegar hasta el absoluto no ser, sino que, si desciende, desciende hasta el mal y, de ese modo, hasta el no ser, pero no hasta un no ser absoluto. Si, por el contrario, marcha en la dirección opuesta, llega, no hasta algo diferente de ella, sino hasta ella misma; y en este sentido, puesto que no está en otra cosa, no **40** está en nada, sino en sí misma; pero decir que está ella sola y no está en el ser, equivale a decir que está en lo Uno. Se llega a ser sí mismo, no ser sino más allá del ser, cuando el alma ha logrado acercarse a lo Uno. Es por ello que, si alguien se ve transformado en él, se tiene a sí mismo como imagen de aquél, y, si progresa desde sí mismo, como desde una imagen, **45** a su modelo, llega por fin al término de su viaje. Pero si cae de la contemplación, puede sin embargo reavivar la virtud que está en él, y meditando sobre el orden interior que le procuran las virtudes, recobrará su liviandad. Gracias a la virtud llegará a la inteligencia y a la sabiduría y gracias a la sabiduría llegará hasta lo Uno. Es ésta la vida de los dioses y de los hombres divinos y felices: **50** separación de todas las demás cosas de este mundo, vida que no se complace en ellas, huida del solo al Solo.